

Identidades reflexivas: la reclasificación sociológica de los procesos de formación de identidad en Margaret Archer.

Matías Mansilla

Resumen:

Los aportes de Margaret Archer resultan claves dentro del problema de las clasificaciones sociales y reclasificaciones sociológicas, debido a su gran potencialidad para explorar diversos fenómenos concernientes a la cuestión. En debate con las propuestas del “nuevo movimiento teórico” de la década de 1980 (por ejemplo, de Giddens, Habermas o Bourdieu), la autora desarrolla su obra desde una perspectiva realista-crítica y relacional. En esa línea, Archer asume el concepto de “reflexividad” como el “eslabón perdido de la teoría sociológica”. Esto tiene grandes implicancias en el problema de las clasificaciones sociales, fundamentalmente en relación con los procesos de formación de identidades individuales. En este trabajo, se mostrará cómo, a partir de su concepto de reflexividad, la autora lleva adelante una reclasificación sociológica de dichos procesos, así como de las particularidades de sus niveles de análisis. Tal reclasificación permite abordar ciertas relaciones fundamentales, en los procesos sociales de formación de la identidad del individuo consigo mismo: con la estructura sociocultural y con los grupos reales de pertenencia.

Palabras clave: Reclasificaciones – Reflexividad – Identidades

Introducción.

Esta ponencia es fruto del trabajo realizado en el marco del proyecto UBACyT “Clasificaciones sociales y reclasificaciones sociológicas: un abordaje problemático de las propuestas de Archer, Boltanski, Honneth y Latour” (2020-2022), dirigido por el Dr. Alejandro Bialakowsky y con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani. Los temas y conceptos abordados en el presente trabajo, han rodeado los intereses del proyecto, vinculados principalmente al abordaje multidimensional de las perspectivas

mencionadas y al análisis comparativo de las mismas, en relación con el problema de las clasificaciones sociales y reclasificaciones sociológicas.

La perspectiva relacional en ciencias sociales tiene pocas décadas de trayectoria desde su nacimiento. Se trata de un enfoque que encuentra su origen durante la década de 1990 en múltiples congresos, manifiestos y estudios que le darían forma. Los principales antecedentes de lo que podría denominarse como el “giro relacional” en ciencias sociales, aparecen en los trabajos de Harrison White (1992/2008) sobre el vínculo entre el análisis de las redes sociales y el desarrollo de los estudios de la cultura y las identidades. También se pueden encontrar antecedentes de esta corriente en los trabajos de Charles Tilly (2004) sobre la construcción de sentido en las interacciones y relaciones sociales. Aunque los principales aportes de ambos autores a la construcción de esta corriente pueden encontrarse en una serie de seminarios de los que formaron parte entre 1993 y 1996. De la asistencia a estos encuentros, surgiría el aporte que mayormente puede entenderse como fundacional de la perspectiva: el manifiesto publicado en 1997 por Mustafa Emirbayer, en donde se recuperan enfoques sustancialistas remitidos a la *auto-acción* –de elementos sociales bajo sus propios poderes– y a la *inter-acción* –entre elementos sociales que no tienen función por separado–. Frente a ellas, Emirbayer antepone un enfoque desde la *trans-acción*, en la que los diferentes elementos, con sus poderes y características, no son separables de las relaciones que mantienen entre sí. Desde este punto de vista, se consideran las relaciones, en su dinámica y desarrollo constante, como punto de partida más allá de los elementos sociales tomados como base o en su totalidad (Forni y Castronuovo; 2022).

Años después, hacia 2015, Pierpaolo Donati –quien desde hacía décadas escribía sobre el tema– publicaría una respuesta crítica a Emirbayer en donde profundizaría sobre sus aportes. Es en este manifiesto en donde Donati establece una “lógica relacional”, que ayudaría a marcar, en términos concretos, el objeto de estudio de este enfoque. Dicha lógica, afirma una dinámica entre acción individual y condicionamiento estructural, cuyo resultado es un efecto de reciprocidad que da forma a la relación, siempre única y original, condicionada por el espacio y el tiempo. Esa relación vendría a tomar el lugar de objeto de estudio y análisis de la sociología (Garro-Gil; 2017).

Ahora bien, entre los años que han transcurrido entre un manifiesto y su respuesta crítica, han surgido múltiples influencias y modos de abordaje afines a este giro relacional –anticipándonos, podemos decir que Archer representa una de ellas, siendo fundamental

para el desarrollo de Donati sobre el tema—. Todas estas “incursiones en lo relacional”, supieron depositar el foco de su análisis en las relaciones entre los diferentes elementos sociales –como instituciones, grupos, individuos, etc...–. Esto, teniendo en cuenta sus dinámicas de relación y su funcionamiento, como forma de comprender de manera más profunda cada uno de los elementos que conforman dicha relación, así como los efectos o el fenómeno al que ella misma da lugar.

En este sentido, la perspectiva relacional configura un modo novedoso de abordar problemas sociológicos contemporáneos, a la vez que se plantea como una forma de hacer teoría social sorteando las dicotomías de los pares conceptuales que han mantenido en vilo a la sociología durante la mayor parte de su historia –la cuestión entre subjetivismo-objetivismo, individuo-estructura y demás–.

No se trata entonces de una “tercera vía” en lo que respecta a la producción del conocimiento, sino de una apertura al pensamiento de fenómenos a través de la indagación en las relaciones que los constituyen. Esto, a fin de profundizar sobre los elementos particulares que forman parte de cada relación, evitando poner un elemento por sobre otro.

Ahora bien, tanto las ideas que han servido de cimientos a esta corriente, como las ideas que funcionan para desarrollarla y profundizarla, obedecen a un movimiento de búsqueda de herramientas de interpretación del mundo más allá de las teorías existentes. Por supuesto, no se trata de abandonar estas últimas, pero sí de rehacer el trabajo de interpretación sobre ellas y de construir una arquitectura de la teoría capaz de producir nuevas herramientas en una clave relacional. De tal modo, es este “diagnóstico de insatisfacción” respecto a teorías preexistentes, aquello que empuja a interpretarlas críticamente o constructivamente de cara a su recuperación, siempre con el fin de reclasificarlas en términos relacionales. Así, se busca dar con herramientas o estructuras teóricas nuevas, que permitan comprender de otro modo los fenómenos actuales (Bialakowsky; 2022).

Aquí es donde la articulación de la perspectiva relacional con el problema de las clasificaciones y reclasificaciones sociales, cobra especial importancia.

Siguiendo a Bialakowsky (2017) las clasificaciones sociales son un aspecto de análisis primordial del mundo social. Ellas, refieren a principios clasificatorios que dividen y califican el mundo social al representar y jerarquizar individuos, grupos, instituciones,

sociedades, regiones y objetos. De este modo, impactan decisivamente en las relaciones sociales y sus formas de representación, orientando interacciones, prácticas, procesos de formación de identidad y otros fenómenos. Desde este punto de vista, las clasificaciones sociales contribuyen en el establecimiento de las dinámicas de lo social, resultando un elemento vital para comprender fenómenos sociales y la estructura de las relaciones de poder y dominación en el que ellos están enmarcados, en una época determinada. En este sentido, se afirman a las clasificaciones sociales como dinámicas y no estáticas, al estar sujetas a constantes procesos de reclasificación, que implican cambios en los diferentes elementos sociales y en su relación. Mientras, a la vez, son impulsados por ellos. Siguiendo esta línea y de forma sintética, es posible esbozar algunas características de los procesos reclasificatorios.

En primer lugar, existe una multiplicidad de procesos reclasificatorios. Estos, ocurren en un complejo entramado en el que pueden darse al mismo tiempo y no de manera secuencial. A pesar de lo anterior, algunos de estos procesos pueden estar relacionados entre sí o combinarse de manera emergente durante su trayectoria, por lo que el abordaje de procesos reclasificatorios siempre es un abordaje problemático, que requiere recortes específicos sobre problemas determinados para poder comprender los procesos en toda su multidimensionalidad (Bialakowsky; 2014).

Por otro lado, el alcance, la potencia y la velocidad de los procesos varía según el proceso en sí, algunos son más estables que otros o se dan de manera más o menos acelerada. Asimismo, todos tienen lugar en el campo social y en sus elementos, teniendo efectos directos sobre ellos. Esto último, implica que todo proceso reclasificador tiene un lugar en las relaciones de poder y dominación, junto con las luchas por la emancipación y las tensiones entre lo incorporado y lo no incorporado o inexistente, que marcan la dinámica de lo social. Finalmente, se debe decir que no hay un “punto cero” o vacío clasificatorio desde el cual partir, sino que siempre existen reclasificaciones que son preexistentes y simultáneas.

A partir de aquí, tal como afirma Bialakowsky, las teorías sociales intentan abordar estos procesos desde la reclasificación en un nivel epistemológico-político. Es decir, a través de la construcción de herramientas teóricas que sean capaces de “leer” los procesos de reclasificación social y los esquemas de clasificaciones sociales a los que ellos conducen, para así poder entender el mundo social que intentan abordar. Se trata, entonces, de reclasificar teóricamente las clasificaciones observadas en el mundo empírico, pero

también las clasificaciones teóricas que se constituían en herramientas de observación en momentos anteriores. Así, un esfuerzo por hacer una reclasificación sociológica, conlleva un doble juego de interpretaciones y reinterpretaciones: del fenómeno que es objeto de estudio y, a la vez, de las herramientas disponibles para abordarlo.

En este sentido, el problema de las clasificaciones y reclasificaciones sociales bien llama a ser abordado desde una perspectiva relacional. Esto, ya que a través de ella sería posible reflexionar profundamente sobre la articulación de múltiples clasificaciones sociales, los conjuntos o esquemas clasificatorios que dicha articulación configura y la relación posible entre estos diferentes esquemas. Todo, a fin de profundizar sobre formas de poner en juego dichas clasificaciones, dando lugar a ciertas dinámicas que puedan atravesar estructuras, grupos, individuos, entre otros.

Es en este punto que los aportes de Margaret Archer –sobre todo en las dos últimas décadas– destacan por su importancia. Esto es debido a que, mediante su perspectiva relacional y realista-crítica, concibe un diagnóstico de insatisfacción frente al movimiento teórico que la precede; a la vez que elabora una reclasificación sociológica de conceptos útiles para el abordaje relacional de fenómenos sociales.

Así, se parte de la premisa de que Archer efectúa una reclasificación sociológica de conceptos, que permiten abordar procesos de reclasificación ocurridos en el mundo social. Uno de estos procesos es el de la construcción social de identidades, cuyo abordaje teórico es reclasificado por la autora. De este modo, el presente trabajo mostrará los términos en los que Archer realiza dicha reclasificación, a través del concepto angular de su teoría: la *reflexividad*.

Siguiendo la línea de estos razonamientos, el trabajo abordará, en primer lugar y de manera breve, la necesidad de Archer por construir su teoría desde un abordaje relacional y realista-crítico, en debate con el movimiento teórico de 1980. En segundo lugar, se abordará el concepto de reflexividad desde los aportes de la autora y se reflexionará sobre el modo en que, a partir de este, se reclasifica sociológicamente el concepto de identidad. En tercer lugar, se profundizará sobre las implicancias de esta reclasificación en el modo de concebir los procesos de formación de identidad. Finalmente, se esbozarán algunas consideraciones finales acerca de la potencialidad de la perspectiva de la autora, respecto al abordaje de las identidades.

El desarrollo de Margaret Archer frente al nuevo movimiento teórico de 1980.

En línea con el diagnóstico de insatisfacción mencionado en párrafos anteriores, Archer establece el concepto de *conflación*, para referirse a las respuestas teóricas enmarcadas en el debate entre perspectivas estructuralistas y agencialistas. En síntesis, como recupera Henríquez (2014), el conflationismo es una crítica de Archer hacia la teoría sociológica sobre el modo de tratar la relación de la agencia con la estructura. La conflación implica la suspensión teórica de las propiedades de los agentes o de la estructura en el análisis social. Existen tres modos de conflationismo: el descendente, donde los atributos de la sociedad totalizan a la agencia; el ascendente, donde la agencia desdibuja a la estructura; y el conflationismo central donde la relación de ambos elementos se diluye en un tercer concepto. Es a través del análisis en torno a este término, que Archer discutirá con el “nuevo movimiento teórico de la década de 1980”, fundamentalmente con exponentes del mismo, tales como Bourdieu, Giddens y Habermas.

A grandes rasgos, se puede afirmar que, en función de una insatisfacción con las teorías enmarcadas en el estructuralismo o en el agencialismo, el giro teórico de 1980 desarrolla intentos de salida al encasillamiento en alguno de los polos en debate. Sin embargo, la base de la crítica de Archer a este movimiento se sustenta en el hecho de que los sucesivos desarrollos teóricos en esta línea, si bien escapan de la caída en conflationismos ascendentes o descendentes, no evitan caer en un conflationismo central.

En esta línea, los elementos fundamentales que dan mayor sentido a la emergencia de una teoría que pueda desarrollarse por fuera de cualquier conflationismo en Archer, pueden explicarse principalmente focalizando en sus críticas hacia un autor en específico del movimiento teórico en cuestión. Se hace referencia a las críticas de Archer a Pierre Bourdieu.

En efecto, una de las críticas de la autora a la relación entre estructura y subjetividad en clave bourdeana, afirma que se aparecen como inseparables las propiedades de un sujeto de los efectos objetivos de su contexto, en el plano de las relaciones sociales entre sujeto y estructura. De lo que se deriva la conceptualización de la estructura y subjetividad de los agentes como ontológicamente inseparables, por entrar uno dentro de la constitución del otro. A la vez, fundiéndose ambos en un tercer concepto que los engloba (Elder-Vass; 2007). Esto refiere claramente a la crítica de la autora al concepto de *habitus*, que vendría a englobar una conceptualización del agente y la estructura que reduce o no contempla en

la totalidad de su función, la capacidad reflexiva del propio agente. Esto último, por explicar su agencia depositando demasiado peso en sus disposiciones incorporadas.

Este peso en las disposiciones como guía primordial de las prácticas, explica procesos de reproducción de estructuras a través de la agencia. Sin embargo, halla poca fuerza en la explicación de procesos de transformación factibles de originarse por fuera de disposiciones incorporadas por los agentes o por fuera de las “reglas de juego” demarcadas estructuralmente.

En este sentido, según explica Aguilar (2008), no se trata de superar el dualismo existente entre estructura y subjetividad, como se observa en el aporte de Bourdieu. Sino que el primer paso hacia la salida de los conflationismos es la asunción de dicho dualismo. En este sentido, el autor explica que, desde el punto de vista de Archer, sólo con el dualismo analítico¹ se pueden explicar satisfactoriamente los fenómenos sociales. Esto, debido a que agencia y estructura constituyen dos niveles fenoménicos emergentes, no reductibles el uno al otro, y de cuyo juego mutuo surge la dinámica social. De aquí, la derivación relacional en la teoría de Archer, pues solo observando la relación entre los diferentes niveles, se puede llegar a la observación tanto de las particularidades del fenómeno como de los poderes específicos de cada uno de sus elementos.

Ahora bien, el desarrollo teórico de la autora, además de erigirse desde una perspectiva relacional y con el foco de evitar conflationismos a su interior, también incorpora un enfoque realista-crítico dentro de sí.

El realismo-crítico, fundado por el filósofo Roy Bhaskar, reconoce que las estructuras existen, pero que los individuos no se encuentran predeterminados por ellas. Estas estructuras se reproducen o transforman a partir de las relaciones sociales. Así, para el realismo crítico, la realidad mantiene un carácter abierto porque está poblada, y los individuos le dan intencionalidad a partir de los procesos de interacción con otros individuos y con las estructuras sociales (Hernández-Romero; 2017).

¹ El dualismo analítico, es un concepto basado en los aportes de David Lockwood, que Archer (1996) usa para construir su teoría acerca de la relación entre agentes, estructura y cultura. A grandes rasgos, el concepto implica la distinción entre dos tipos de relaciones: aquellas de orden o de conflicto entre grupos de actores y aquellas de orden o de conflicto entre elementos de la estructura social, con el nombre de nivel de integración social y nivel de integración sistémica, respectivamente. El punto central del análisis es la idea de que juntos constituyen, en su relación, la dinámica de lo social. Esto, dado que ninguno de los dos, por separado, aportan las condiciones suficientes para explicar el cambio social. Brígido (2017) sintetiza muy bien el hecho de que a través de este concepto, Lockwood logra un análisis no reductivo del interjuego entre cultura-agencia y estructura-agencia, conduciendo a un análisis no conflationario de la realidad social, de aquí la importancia del concepto para la autora.

Esto no solo va en línea con el enfoque relacional de la autora sino que también le otorga a su desarrollo una impronta emancipatoria que va de la mano con el mayor peso que le otorga a los agentes dentro de su teoría.

Así, en base a estos tres ejes fundamentales –la idea de confluencia, la perspectiva relacional y el enfoque realista-crítico– es que Archer desarrolla el concepto de reflexividad en su teoría. Con este concepto afirmado por la autora como “el eslabón perdido de la teoría sociológica”², se reclasifica en términos teóricos el concepto de identidad, junto a su función en la agencia y en los procesos sociales tanto de reproducción como de transformación.

El concepto de reflexividad en la obra de Archer.

Como ya se ha dicho, en Archer, los individuos y las estructuras de una configuración social mantienen relaciones mutuas, reflexivas y mediadas entre sí, lo cual hace imposible el estudio de unos dejando de lado las otras (Pignuoli-Ocampo, 2018). Desde su enfoque “realista-crítico” y “morfo-genético”³, emergen elementos particulares de estos dos niveles –interaccional y estructural– y procesos específicos. Los poderes o fuerzas de efecto causal de cada nivel, puestos en juego de manera mediada, dan lugar a transformaciones o reproducciones estructurales, así como a la configuración de identidades y praxis particulares. La observación de estos procesos es un desafío para la sociología (Vandenberghe, 2010).

A fin de comprender estas dinámicas establecidas entre las estructuras y los agentes, la autora destaca el concepto de *reflexividad*, entendida como “el ejercicio regular de la

² Un antecedente importante del uso del concepto puede encontrarse en Giddens (1990), aludiendo a un elemento de consciencia sobre las propias prácticas por parte de los individuos de una formación social. Archer, si bien lo crítica, afirmando que la consciencia sobre las prácticas continúa bajo la determinación de las mismas por parte de reglas de una estructura que contiene y moldea a los agentes, también toma la misma idea básica de reflexividad y luego la profundiza en su propio desarrollo, como se verá en secciones subsiguientes de este trabajo.

³ Henríquez (2012) resume muy bien los ejes fundamentales del enfoque morfo-genético de Archer en la siguiente cita: “El modelo teórico que propone Archer parte desde la idea de que las estructuras sociales y los sistemas culturales son producidos por los agentes, sin embargo esto no implica que los produzcan aquí y ahora, sino que tienen una relación desfasada en el tiempo y con propiedades diferenciadas. Así, entiende Archer, que la transformación socio-cultural implica un juego mutuo entre estructura y agencia, que se desarrolla en el tiempo donde distingue: tiempo 1 “condicionamiento sociocultural hacia la agencia”; tiempo 2 “interacción de los agentes con las estructuras socioculturales”; y tiempo 3 como “elaboración de las estructuras socioculturales”, completando el ciclo con morfogénesis (transformación) o morfoestasis (reproducción) de las estructuras sociales y culturales.” (Henríquez, P.2. Paréntesis míos).

habilidad mental, compartida por todas las personas, de considerarse a sí mismas en relación con sus contextos (sociales) y vicerversa” (Archer, 2007; P.4. Traducción mía).

En otras palabras, la reflexividad se presenta como un “poder causal” propio del individuo y mediante el cual se relaciona con las estructuras socio-culturales que lo rodean y forman el contexto que habita. Entendida de este modo, el concepto de reflexividad permite un espacio de mediación entre los efectos de las estructuras en la vida del agente y los cursos de acción que este construye, por sí mismo, en su relación con dichas estructuras.

Las disposiciones no desaparecen, continúan existiendo y provienen del contexto que el individuo percibe. Sin embargo, la capacidad reflexiva tiene más peso, sobre todo en la modernidad, en donde parece tener un protagonismo mayor frente a la acción rutinaria (Archer, 2010).

Ahora bien, mediante el reconocimiento de su capacidad reflexiva, la autora otorga a los agentes mayor libertad en el trazo de sus cursos de acción. Aun así, como ya se ha anticipado, el agente y sus poderes solo forman una parte de la relación abordada por Archer. La otra parte, son las propias estructuras socio-culturales y sus poderes causales. Se trata de poderes que principalmente se relacionan con la formación de contextos, junto con ciertos constreñimientos y habilitaciones encontrados a su interior. De este modo, el juego de relaciones de poder que da forma a las estructuras socio-culturales, determina contextos con los que los individuos reflexivos se relacionan. Esto da lugar a continuidades, discontinuidades o incongruencias que manifiestan la relación –positiva, negativa o atípica– entre los contextos marcados por las estructuras socio-culturales, y los individuos reflexivos con sus proyectos de agencia en formación (Salinas Ponce, 2014).

En estos términos, se puede decir que el contexto en el que determinado agente se encuentre insertado, viene aparejado de un abanico de oportunidades sociales de las que él mismo se apropia –o no– de manera reflexiva. A su vez, dentro de dicho contexto se hallan otros individuos que pueden aportar estímulos que marquen al sujeto en su forma de percibir continuidades, discontinuidades o incongruencias; teniendo impacto en su desarrollo reflexivo y en última instancia, en su proyecto de acción. Todo esto, da lugar a diferentes trayectorias individuales, incluso entre personas que nacen en contextos similares, debido a las diferentes relaciones u apropiaciones que pueden surgir al interior de dichos contextos. En síntesis, lo que definen las estructuras socio-culturales son los marcos contextuales y el espectro de oportunidades y restricciones existentes a su interior.

Así, estas estructuras se presentan no como determinantes absolutos, pero sí como factores de peso en la construcción de “sí mismo” que el individuo elabora reflexivamente. Es en función de la relación entre el individuo y su contexto, que se gestarán en el primero, un conjunto de *preocupaciones* dadas a luz de manera reflexiva. A partir de ellas, los agentes podrán trazar cursos de acción para afrontar problemas o alcanzar metas, “haciendo su camino a través del mundo”, en palabras de la autora.

Reflexividad y conversación interna. La reclasificación del concepto de identidad y su proceso de formación.

Con todo lo dicho hasta aquí, se abre la posibilidad de abordar algunas de las claves de lo que implica el desarrollo de Archer en términos de reclasificación sociológica, respecto al movimiento teórico de 1980. Inicialmente, es preciso mencionar que la reclasificación fundamental que la autora establece con su concepto de reflexividad se hace en dos sentidos: respecto a la potencia transformadora del agente y en lo referido al concepto de identidad y sus procesos de formación. En primer término, se establece al agente no solo como agente de la reproducción, sino también como agente crítico y del cambio estructural. Esto, siempre en relación directa con los cursos de acción que el propio agente arma de manera consciente, es decir, reflexiva.

Se trata de una potencia que no se le había reconocido tan tajantemente al individuo con respecto al movimiento teórico de 1980. Un ejemplo de ello se encuentra en el lugar casi “accidental” que Giddens (1995) le da al cambio estructural originado por el agente, al referir a las consecuencias no deseadas de la acción, generadas por un imprevisto del individuo en sus prácticas reproductivas de la estructura. Esto, tal como afirma Henríquez, deriva del hecho de transformar el momento de cambio estructural provocado por la agencia, en solo una forma distinta de interacción de los agentes con las estructuras socio-culturales, al ser estas últimas las que los contienen. Es esto mismo aquello que guía a un conflacionismo central. Por otro lado, Bourdieu, le otorga demasiado peso a la influencia de las disposiciones incorporadas por el sujeto, dejando la capacidad reflexiva del mismo solo para casos críticos. Así, tal como recupera Elder-Vass, el énfasis siempre se encuentra en la capacidad reproductiva del sujeto, relegando su potencia transformadora⁴.

⁴ Un caso con matices diferentes es el de Habermas, cuya teoría desarrolla un juego entre estructura-cultura-agente, que si bien encuentra puntos de comparación con Archer, implica un contraste profundo entre ambos autores. En este

En cambio, en Archer, la reflexividad permite mayor poder del individuo sobre su propia determinación. En este sentido, si bien las restricciones y oportunidades provistas por diferentes contextos constituyen un factor de gran influencia en la agencia, existe una mayor libertad y consciencia de los individuos en cuanto a los proyectos de acción que elaboran. Estos últimos, siendo capaces de llevar a cambios estructurales planificados y por fuera de “reglas del juego” preexistentes.

En segundo lugar, la reclasificación de la autora se realiza respecto al concepto de identidad. La introducción de la reflexividad como capacidad del individuo, indispensable para desenvolverse en su vida cotidiana, da lugar a la construcción de su identidad en diferentes estratos. Dichos estratos, se encuentran mediados entre sí por la reflexividad misma del sujeto. En primer lugar, se configura la *identidad personal* del sujeto, en el momento en el que se identifican reflexivamente ciertas preocupaciones que dirigen la agencia del mismo en relación con el mundo. En segundo lugar, se habla de una *identidad social*, construida con respecto a la posición que el sujeto asume en su relación con las estructuras y también respecto a su relación con otros sujetos pertenecientes a su contexto. Finalmente, la forma de marcar cursos de acción determinados a fin de afrontar problemas, metas, proyectos y relaciones sociales en función de lo anterior, constituye la *identidad reflexiva*. En estos términos, puede afirmarse que la identidad de un sujeto alberga su parte personal, social y reflexiva (Archer, 2000).

Así, cada nivel de la identidad del sujeto, implica una relación con los diferentes elementos del contexto en que se encuentra –grupos, estructuras socio-culturales, otros individuos, etc.–, siendo dicha relación siempre atravesada por su capacidad reflexiva en distintos sentidos. Esto, opera en línea con la separación analítica de los momentos de la relación estructura-agente, que efectúa la autora en su teoría –condicionamiento estructura-agencia, interacción agentes-estructura y elaboración de las estructuras vía agencia–.

Ahora bien, todo este desarrollo se encuentra contrapuesto a las ideas del movimiento teórico de 1980 que, como ya se ha mencionado, cae en un conflacionismo central. Debido a esto, la identidad de los sujetos y los poderes causales que la acompañan, parecen estar sobredeterminados por las estructuras. De este modo, la capacidad reflexiva de los sujetos se ve “disminuida” en sus capacidades, al implicar consciencia de las

sentido, recuperar y contraponer con Archer, los desarrollos Habermas, excedería las consideraciones abordadas en este escrito sobre el movimiento de 1980, por lo que dicha comparación será objeto de futuros trabajos.

prácticas, pero siendo siempre secundaria frente a la existencia de disposiciones o reglas que guían mayormente la acción. Como consecuencia, la identidad personal del sujeto tiende a diluirse en su identidad social, determinada principalmente de manera estructural. Lo cual influye fuertemente en las posibilidades de agencia.

En Archer, por el contrario, si bien los individuos no dejan de constituirse en relación con un contexto determinado por las estructuras, el rasgo de determinación individual de su agencia y formas de pensamiento cobra más potencia. Se reconoce que los sujetos se enfrentan a sus vidas y las oportunidades que se aparecen en sus contextos, no solo valiéndose de disposiciones incorporadas que se nuclean en las estructuras, sino también –y principalmente– valiéndose de su propia capacidad reflexiva. En otras palabras, los sujetos se enfrentan a los poderes causales de las estructuras, valiéndose de sus propios poderes causales. De aquí el hecho de que los agentes se hallen más vinculados con procesos de transformación estructural, sea desde las propias lógicas de las estructuras – es decir, a partir de estrategias reflexivas de adquisición de una posición dominante en un campo– o bien, desde movimientos críticos de las mismas.

En cualquier caso, la capacidad reflexiva de los sujetos los vincula directamente a su capacidad de movilizar procesos tanto de reproducción como de transformación estructural. En términos referidos al problema de las clasificaciones sociales, puede afirmarse que es en los propios sujetos, donde se halla la potencia reflexiva de reproducir clasificaciones sociales dominantes que son nucleadas en las estructuras, o de impulsar procesos de reclasificación de las mismas.

De lo anterior, se desprende una reclasificación teórica elaborada por Archer respecto a los procesos de formación de la identidad. En este sentido, corresponde profundizar en el funcionamiento de la reflexividad como elemento transversal a la formación de la identidad del sujeto y todas sus dimensiones. Dos preguntas sobre la reflexividad, entonces, son vitales a los fines esbozados: la pregunta acerca de cómo opera dicha capacidad y la pregunta sobre aquello a lo que da lugar.

Respecto a la primera, Archer profundiza, estableciendo que la reflexividad opera y es puesta en práctica por los sujetos a partir de la *conversación interna*.

La reflexividad como dialogo interno es esbozada inicialmente por Pierce y luego elaborada por Mead, el concepto fundamental es la deliberación interna al sujeto (Archer, 2013). Es decir, más que simplemente “hablar solo”, se trata de interrogar el mundo a

través de la consideración de la situación y el lugar que se habita dentro de él. A través de esta actividad constante, el sujeto busca respuestas de manera introspectiva y esclarece posicionamientos y concepciones a su interior; forjando las diversas preocupaciones y modos de relacionarse con el mundo que contribuyen a formar su identidad. Garro-Gil, explica que existen dos elementos fundamentales en esta definición por parte de Archer: en primer lugar, la conversación interna en tanto deliberación personal, parte de la subjetividad del individuo –en algún punto, influenciada o mediada social y culturalmente por la relación del individuo con su contexto–. En segundo lugar, la conversación interna tiene una manifestación pública y contingente, observable principalmente a través del discurso o las prácticas.

En este sentido, la habilidad reflexiva de conducir una conversación interna es, según Archer, un “poder personal emergente”, que activa la acción de los poderes de las estructuras socio-culturales, por ser el principal motivador de las relaciones entre sujeto y estructura.

En cuanto a la segunda pregunta esbozada en líneas anteriores, la conversación interna es un poder y actividad que los individuos ejercen todo el tiempo. Simplemente pensar en la lista de compras o evaluar las consecuencias de cualquier acción son solo dos ejemplos de su puesta en práctica. Aunado a esto, la conversación interna es un factor de gran peso en la formación de las identidades de los sujetos, pues contribuye de sobremanera en la definición de un modo en que ellos se relacionan con el mundo. La conversación interna es una actividad mediante la cual el sujeto hace uso de su capacidad reflexiva y en, última instancia, marca los pasos en la elaboración de un curso o proyecto de acción que orientará sus prácticas⁵.

Bajo este punto de vista, la conversación interna, define ciertas identidades reflexivas o *reflexividades* que articulan las preocupaciones personales con la identidad social configurada (Archer, 2012).

Archer, a partir de este punto, elabora una distinción entre cuatro de tipos de reflexividades: las “comunicativas”, las “autónomas”, las “metareflexivas” y las “fracturadas”. Las comunicativas son el resultado de la interacción necesaria con otros

⁵ La conversación interna, en Archer tiene lugar en tres pasos: discernimiento (de elementos o, más bien, posibles preocupaciones factibles de ser consideradas en un momento futuro), deliberación (de un orden preliminar de importancia en lo referido a las preocupaciones identificadas en el momento anterior) y dedicación (a la priorización de ciertas preocupaciones y por tanto relegamiento o eliminación de otras, lo cual ayuda a definir reflexivamente qué clase de vida se quiere vivir y si es posible vivirla).

agentes, antes de guiar la acción. Las autónomas son realizadas por el propio individuo y guían la acción de forma directa. Las metareflexivas son elaboradas sobre la base de una evaluación crítica y moral, tanto sobre sí mismos como acerca de los efectos de cierta agencia en la sociedad. Finalmente, las fracturadas son aquellas que no han podido completarse y, por lo tanto, no pueden orientar proyectos de acción, lo que provoca desorientación y marginalización individual. En algún punto, todos los sujetos conllevan dentro de sí, un poco de cada reflexividad. Sin embargo, desarrollan una reflexividad dominante según la conversación interna que lleven a cabo en su relación con el mundo que los rodea. Dicha reflexividad dominante, será aquella en función de la cual, el sujeto armará proyectos de acción para desenvolverse en sociedad en pos de sus objetivos.

Todo esto, supone percibir, entender, evaluar y elegir dentro de un contexto y las oportunidades sociales disponibles. Lo cual, implica la incorporación de ciertas clasificaciones que constituyan un esquema, es decir, un conjunto de clasificaciones sociales derivadas de los diferentes elementos de su contexto y agrupadas reflexivamente por el individuo. A partir de ellas, se constituirán en el sujeto tres rasgos fundamentales: su relación con las estructuras socio-culturales, su identidad reflexiva y el curso de acción que en función de las anteriores construya.

Es por lo anteriormente mencionado, que puede entenderse al proceso de formación de una identidad reflexiva, como un proceso de autclasificación reflexiva del sujeto. A través de este, se manifiesta su relación con las estructuras –determinante del contexto y diversas oportunidades sociales–, con otros individuos –que aporten estímulos a la formación de su identidad como figuras de ejemplo o figuras de oposición, etc...– y con sus propios cursos de acción –que evidencian sus intenciones en relación con la estructura y con otros individuos con reflexividades o cursos de acción similares u opuestos–.

Asimismo, como las identidades reflexivas nunca son estáticas, sino que se ven alteradas o cambiadas completamente en el transcurso de las trayectorias del sujeto, se establece la posibilidad de dar con una transformación de la reflexividad predominante. De modo que, por ejemplo, un sujeto metareflexivo puede experimentar un cambio en su vida que lo vuelva reflexivamente fragmentado o podría adaptar su identidad reflexiva según nuevos objetivos o nuevas relaciones con su contexto.

Esto, implica que al interior de los propios sujetos ocurren de forma dinámica procesos de reclasificación social, según los elementos clasificatorios que ellos se van apropiando

o creando reflexivamente, a partir de la relación con su entorno. Así, la identidad en general –personal, social y reflexiva–, puede verse como un esquema de clasificaciones sociales interna al sujeto y estructuradas, incorporadas o creadas reflexivamente por él mismo. A continuación, se procederá a profundizar más sobre el funcionamiento de este proceso.

Diferentes niveles del proceso de formación de identidad en Archer.

Como se mencionaba en líneas anteriores, la identidad del sujeto se encuentra dividida en múltiples dimensiones intrínsecamente relacionadas. Asimismo, se establece una concepción del individuo que lo afirma como aquel capaz de sostener una conversación interna al mismo tiempo que recibe estímulos de su entorno. Es en base a estos supuestos, que es posible afirmar que un sujeto se relaciona reflexivamente en tres puntos: en primer lugar, consigo mismo de forma reflexiva. En segundo lugar, con las estructuras socio-culturales a través de la relación con su contexto. Por último, con otros sujetos a través de las relaciones sociales que tiene a lo largo de su vida.

En función de esto último, es posible identificar tres niveles fuertemente relacionados, que aparecen en los procesos de formación de la identidad en Archer. Todos, atravesados por la capacidad reflexiva del sujeto, que se pone en práctica a través de la conversación interna.

En primer lugar, se halla el nivel individual, es decir, aquel que concierne al propio sujeto en relación consigo mismo. Es principalmente en este nivel, en donde será demarcada la identidad personal del sujeto, a través de la identificación o desarrollo de sus preocupaciones vía conversación interna. En efecto, en este nivel, el sujeto se encargará reflexivamente de darle sentido a su vida, marcando los elementos que pueden suscitar la puesta de objetivos, la identificación de problemas a abordar y el armado futuro de cursos de acción necesarios a los anteriores. La definición de “lo que se quiere para la propia vida”, “lo que se quiere hacer” o “lo que se siente que se debe hacer”, serán los ejes fundamentales de la conversación interna del sujeto en este nivel. Marcando, esto último, la relación de la identidad personal del sujeto con otros niveles –como el concerniente a la pertenencia a ciertos grupos o a cierto contexto en general–.

En segundo lugar, se halla el nivel estructural, es decir, aquel que concierne a la relación del sujeto con las estructuras socio-culturales que contribuyen a determinar su contexto. En este sentido, como se ha intentado esbozar a lo largo del presente trabajo, el hecho de que las estructuras socio-culturales determinen el contexto que habitan los sujetos, no significa que esté todo dicho en cuanto a su destino. De este modo, respecto al proceso de formación de identidades, la identificación de oportunidades y restricciones por parte del individuo, conlleva a una apropiación reflexiva que contribuye a delimitar proyectos de acción determinados, definiendo la relación del individuo con el mundo. Así, la conversación interna mediante la cual el sujeto deliberará la mejor opción posible de acción dentro de su contexto, será aquella que marque la relación que tiene con el mundo en el que opera. Ejemplos de esto último pueden ser una relación crítica del mundo que busque abrir los contextos a nuevas oportunidades, o una relación en línea con las lógicas establecidas del contexto a partir de la apropiación de oportunidades que se ven como idóneas de cara a preocupaciones determinadas. Estas relaciones, marcan modos de agencia en línea con la reproducción o transformación social, contribuyendo a desarrollar un rol social del sujeto en el mundo –y sus esferas, como el mercado laboral, ámbitos culturales, etc.–, determinando en parte su identidad social.

En tercer lugar, se encuentra un nivel poco abordado por la autora. Se trata del nivel grupal, es decir, aquel concerniente a la relación del sujeto con grupos sociales de pertenencia. Archer, se refiere a estos grupos como *grupos de similares y familiares*. Se trata de sujetos agrupados, en función de ciertas similitudes en sus relaciones con el contexto en que se encuentran y en sus reflexividades en general –pudiendo implicar esto, apropiación de oportunidades similares, identificación de las mismas restricciones, preocupaciones compartidas, modos de agencia similares, etc.–. Son pequeños puntos reflexivos o preocupaciones específicas en común, aquello que une a personas similares pero no iguales. Esto es posible, por el carácter “predominante” de una identidad reflexiva respecto a las otras, al interior de un individuo. A partir de estas características, los grupos aglutinan su propio esquema compartido de clasificaciones sociales, construidas en el tiempo, que definen la relación del grupo con el contexto en que se encuentra y sus intenciones respecto al mismo –de transformación o afines a una reproducción estructural–. Estas clasificaciones compartidas, constituyen una reflexividad propia del grupo, con la que el individuo se relaciona y en función de la cual incorpora o rechaza clasificaciones, definiendo reflexivamente su identidad en el proceso. La separación de

un individuo de su grupo de pertenencia, se da cuando el primero identifica reflexivamente una incongruencia o discontinuidad contextual entre su reflexividad y preocupaciones, y las del grupo. Esto, determina la pertenencia o no pertenencia a diferentes grupos por parte del individuo, pudiendo ayudarlo a identificar nuevas preocupaciones que derivan en nuevas reflexividades. Así, podría decirse que los grupos son un elemento social en sí mismo, que se relaciona con las estructuras socio-culturales en tanto traduce e incorpora ciertas clasificaciones que se hallan en su contexto de existencia y dan forma a su reflexividad grupal. Mientras, es a partir de su propio esquema clasificatorio, que los grupos se relacionan con los individuos, influenciando la construcción de su identidad e intentando incorporarlos al grupo en pos de su agenda colectiva –que puede derivar en movimientos de reproducción o transformación de las estructuras socio-culturales–. Las clasificaciones sociales que dispensa el grupo, atraviesan las relaciones sociales a su interior, estimulando el proceso de formación de identidad individual sea de manera negativa o positiva. Asimismo, como los grupos de similares y familiares también son espacios de relación social, es posible abordar en parte la identidad social de un individuo a partir de su pertenencia a grupos determinados. Siendo su no-pertenencia, un factor que también contribuye a clasificarlo.

A través de estos tres niveles, se establecen preocupaciones, visiones del mundo y relaciones con una multiplicidad de contextos sociales. A la vez, estas relaciones implican la incorporación, creación y ordenamiento reflexivo de clasificaciones sociales –por ejemplo, formas de concebir lazos familiares, definiciones y significados atribuidos al trabajo o importancia de los objetivos de un grupo con respecto a los propios–. En este sentido, es a través de lo anterior, que el sujeto construye un esquema de clasificaciones interno. En otras palabras, la conversación interna en relación a las preocupaciones personales, la relación con grupos de individuos y con un contexto determinado, originará un sistema de clasificaciones sociales propias al individuo, que le serán útiles para orientar sus proyectos de agencia. Son esquemas clasificatorios que llevan a un modo de relacionarse y actuar sobre el mundo, constituyendo una identidad reflexiva. Esta última, engloba tanto las preocupaciones a nivel personal como las relaciones, apropiaciones y estímulos a nivel social.

Es este complejo sistema de relaciones el que Archer esquematiza en sus trabajos y a partir del cual reclasifica no solo aquello que se entiende por identidad sino también por proceso de formación de la misma. Así, los aportes de Archer presentan ciertas

dimensiones, niveles teóricos y categorías que pueden resultar útiles para realizar un abordaje relacional de los procesos de formación de la identidad en sujetos pertenecientes a diferentes realidades. Asimismo, el concepto de reflexividad junto a la potencia que le da la autora en su teoría, permite una articulación entre el nivel estructural, el nivel individual y hasta un nivel grupal de la dinámica social. Esto, manifiesta ser una propuesta innovadora frente a los conflationismos detectados en teorías precedentes. La mayor profundización en estas relaciones y conceptos, alberga la posibilidad de desarrollar nuevas herramientas para el abordaje de fenómenos actuales, que representan desafíos y ponen en tensión herramientas correspondientes a momentos previos en la historia de la teoría sociológica.

Conclusiones.

En este trabajo se abordaron, inicialmente, algunas nociones sobre la perspectiva relacional y la corriente filosófica del realismo crítico en ciencias sociales. Esto, a fin de recuperar algunas de las bases del desarrollo teórico de Margaret Archer. En esta línea, se estableció de manera breve el debate de la autora con algunos de los teóricos más importantes del nuevo movimiento teórico de la década de 1980, a fin de dar con aquellos conflationismos que la autora identifica en dicho movimiento y a partir de los cuales erige su teoría. Posteriormente, se recapitulaban algunos de los pilares fundamentales del enfoque morfogenético de la autora, pertinentes al problema de las identidades. En este sentido, se han abordado algunas de las implicancias, de los conceptos de reflexividad y conversación interna, en la reclasificación sociológica de lo entendido por identidad. Se finalizó esbozando algunas de las implicancias de lo anterior en la reclasificación teórica de los procesos de formación de identidad individual, entendidos, a su vez, como procesos de auto-clasificación social, vital para el desarrollo de la agencia en sociedad.

Es así como, en vista de lo mencionado, la conclusión más importante a resaltar en este desarrollo viene del hecho de que el concepto de reflexividad permite observar tres niveles teóricos de la identidad de un sujeto, en profunda relación y, a la vez, atravesados por su propia capacidad reflexiva. Esto, ligado a la dimensión individual, estructural y grupal del proceso de formación de identidad. Siendo, esta última dimensión, la menos abordada por la autora y, por tanto, la más susceptible de ser analizada en futuros trabajos.

Bibliografía:

- Archer, M. (1996) Social integration and system integration: developing the distinction. *Sociology* 30 (4): 679-699.
- Archer, M. (2000). *Being human. The problem of agency*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Archer, M. (2007). *Making our way through the world*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Archer, M. (2010). Routine, Reflexivity and Realism. *Sociological Theory*. 28:3,272-303.
- Archer, M. (2012) *The Reflexive Imperative in Late Modernity*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Archer, M. (2013). Reflexivity. International Sociological Association: Sociopedia.isa. <https://cupdf.com/document/reflexivity-3-archer-reflexivity-from-her-premonitory-notion-by.html?page=1>
- Aguilar, O. (2008). La teoría del habitus y la crítica realista al conflagacionismo central. *Persona y sociedad*. 22: 9-26.
- Bialakowsky, A. (2014). La investigación en teoría sociológica: El abordaje problemático y la comunidad. VIII Jornadas de Sociología de la UNLP, 3 al 5 de diciembre de 2014, Ensenada, Argentina. EN: Actas. La Plata: UNLP. FAHCE. Departamento de Sociología. https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.4643/ev.4643.pdf
- Bialakowsky, A. (2017). El abordaje problemático como metodología para la investigación en teoría sociológica y el análisis de las clasificaciones sociales. *Cinta moebio*. 59: 116-128.
- Bialakowsky, A. (2022). Enfoques relacionales y reclasificaciones: ejercicios reflexivos sobre las investigaciones sociológicas y de otras ciencias sociales y humanas. En Forni, P. y Bialakowsky, A. (Comp.), *Por una ciencias sociales relacionales. Investigaciones y enfoques contemporáneos* (pp. 279-308). Buenos Aires: Universidad del Salvador.
- Brígido, A. (2017). Una teoría sociológica para analizar los sistemas educacionales: el enfoque morfogenético de Margaret S. Archer. *Revista Cuadernos*. <http://revista.fhycs.unju.edu.ar/revistacuadernos/index.php/cuadernos/article/view/275/390>
- Elder-Vass, D. (2007). Reconciling Archer and Bourdieu in an Emergentist Theory of Action. *Sociological Theory*. 25: 325-346.

- Forni, P. y Castronuovo, L. (2022). Más allá de la agencia versus la estructura: el “giro relacional” en las ciencias sociales. En Forni, P. y Bialakowsky, A. (Comp.), Por una ciencias sociales relacionales. Investigaciones y enfoques contemporáneos (pp. 9-22). Buenos Aires: Universidad del Salvador.
- Garro-Gil, Nuria. (2017). Relación, razón relacional y reflexividad: tres conceptos fundamentales de la sociología relacional. *Revista mexicana de sociología*, 79(3), 633-660. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-25032017000300633&lng=es&tlng=es.
- Giddens, A. (1990). *The Consequences of Modernity*. Cambridge: Polity Press.
- Giddens, A. (1995). La constitución de la sociedad: bases para la teoría de la estructuración. Buenos Aires: Amorrortu.
- Henríquez, A. (2012). Agentes, estructuras y su juego mutuo: una crítica al enfoque morfogenético de Margaret Archer. *Revista Central de Sociología*. <https://www.centralesociologia.cl/index.php/rcs/article/view/19/55>
- Henríquez, A. (2014). Limando asperezas subjetivas entre Archer y Bourdieu: más allá del sentido práctico y más acá de los modos de reflexividad. *Revista Austral de Ciencias Sociales*. 26: 5-22.
- Hernández-Romero, Yasmín. (2017). El enfoque morfogenético de Margaret Archer para el análisis de la cultura. *Cinta de moebio*, (60), 346-356. <https://dx.doi.org/10.4067/S0717-554X2017000300346>
- Pignuoli-Ocampo, S. (2018). De la crítica a la sociología conflacionista al realismo crítico morfogenético en Margaret Archer. *Cinta De Moebio*. (63), 297–313. <https://cintademoebio.uchile.cl/index.php/CDM/article/view/52007>
- Salinas Ponce, V. (2014). La Reflexividad y sus tipologías: Reseña de “Making our way through the world” (2007). <https://reflexionessociologicas.wordpress.com/2014/03/07/la-reflexividad-y-sus-tipologias-resena-de-making-our-way-through-the-world-2007/>
- Tilly, C. (2004). *Stories, Identities and Political Change*. Lanham: Rowman & Littlefield.
- Vandenberghe, F. (2010). *Teoría social realista. Um diálogo franco-británico*. Belo Horizonte: Editora da Universidade Federal de Minas Gerais.
- White, H. C. (1992/2008). *Identity & Control. How Social Formations Emerge*. Nueva York: Princeton University Press.